

Tribuna abierta

JULIO MAYO

FUE... NATURAL DE ALMONTE

Una versión desconocida de la Leyenda de Aparición de la Virgen del Rocío (siglo XVIII)

EN el mapa mariano de España abundan las leyendas que aspiran a argumentar los principios devocionales mediante la fabulación del descubrimiento milagroso de sus respectivas imágenes e incluso, en algunos casos, hasta describiendo apariciones físicas de la mismísima Virgen, como ser sobrenatural. Aquí en Andalucía, el origen de la Virgen del Rocío representa un ejemplo aparejado a una leyenda que recrea el hallazgo de la talla. De generación en generación, hubo de ir propagándose entre los almonteños, siglo a siglo, el legendario descubrimiento acontecido en un paraje de las Roçinas hasta que, a mediados del siglo XVIII, quedaron ya fijados para siempre los detalles más esenciales del admirable suceso, gracias a la iniciativa de la propia hermandad Matriz de Almonte que decidió incorporar los pormenores del encuentro a sus Reglas, aprobadas por el ordinario eclesiástico e impresas en el año 1758. En cualquier caso, aquel primer testimonio no manifiesta con minucia la patria del descubridor.

No obstante, se encontraba inédita otra versión del relato que se escribió unos veinte años después de la primera, con algún matiz significativo respecto a la anterior. El documento que analizamos es el informe de la sagrada Visita Pastoral girada a la villa de Almonte, en 1779, por el visitador eclesiástico don Miguel María de León, a la sazón cura de la parroquia de Santa María, de Arcos de la Frontera, cuyo manuscrito hemos tenido la fortuna de localizar en el Archivo del Arzobispado de Sevilla. El sacerdote ilustrado, en clara referencia al descubridor de la imagen, tras detallar sus probables dedicaciones profesionales, señala con exactitud su nacencia, cuando narra: «A un antiguo cazador o ganadero natural de este pueblo, en enredado y confundido, en la espera y oscura breña de su término que llaman la Roçina se debió, en el siglo XV, el prodigioso Descubrimiento de la Santa y Peregrina Imagen de María Ssma.».

En aquellos días, la romería del Rocío recibía una concurrencia de peregrinos del occidente andaluz bastante estimable, más aún después de haber sido prohibida la de Consolación de Utrera en 1771. Vivía unos momentos dulces de emergente apogeo gracias, entre otras iniciativas, a la revitalización de la feria o mercado que se celebraba en los alrededores del

santuario en torno a la pascua del Espíritu Santo. En 1772 volvió a obtenerse privilegio real para su restablecimiento, merced a la intermediación prestada por el duque de Medina Sidonia, don Fernando de Guzmán, señor de la villa de Almonte, quien tenía puesto sus ojos en establecer una nueva población en terrenos cercanos a la ermita de la Virgen, proyecto que llevaba barruntando desde el año 1768.

De ahí que la mención expresa a la ascendencia almonteña del héroe deje entrever un cierto clamor reivindicativo del pueblo de Almonte sobre el pleno dominio de la imagen (ritual y simbólico) que le compete históricamente. Y no porque sintiera la amenaza de tenerlo que compartir con devotos de algunos otros pueblos colindantes que acudían ya con sus hermandades filiales por Pentecostés, sino por la incertidumbre que para los almonteños hubo de revestir pre-

cisamente ese proyecto de colonización en el que llegó a escribirse que: «...la ermita del Rocío, sirva por ahora de parroquia a los nuevos feligreses». Desde que en febrero de 1789 se asentaron los primeros colonos, provenientes de localidades serranas como La Puebla de Guzmán, se suscitaban numerosos enfrentamientos con los almonteños. Diversos documentos del archivo sanluqueño de Medina Sidonia recogen las continuas quejas de los pobladores por el daño que ocasionaba el ganado de gente de Almonte en sus plantaciones y otras tantas disidencias conflictivas. Entre las reclamaciones colonizadoras se

registra la carencia que padecían de asistencia religiosa, por lo que pudo haberse suscitado el temor de que el templo rociero tuviese que atenderla. Con respecto al afán de control y posesión de la imagen, como principal símbolo local, resulta especialmente sintomático que se consumasen varios traslados de la Virgen del Rocío al pueblo de Almonte, en la década final del siglo XVIII, como el que documentábamos que se efectuó en 1793. Y no digamos ya todos los años continuados que la milagrosa Intercesora se llevó resguardada en la iglesia parroquial de la Asunción en la guerra contra los franceses (1809-1813). Cuando Nuestra Señora regresó a la ermita, los colonos de la nueva población ya habían abandonado sus moradas rurales y el propósito agrario había fracasado.

Son escasísimos los descubrimientos de imágenes bajomedievales que dejaron huella escrita coetánea al momento en el que se produjeron. Casi todos redactaron sus respectivas leyendas de invención una vez que sus titulares adquirieron alguna celebridad (siglos XVI, XVII o XVIII). Estas narraciones han favorecido el aumento de la piedad popular, al oficializar de algún modo el origen de cada advocación. La mitificación de unos comienzos misteriosos y remotos es, cuando su difusión alcanza resonancia, uno de los instrumentos propagandísticos que, con mayor incidencia, contribuyen a engrandecer el predicamento de una imagen. Y en el caso concreto que nos ocupa, el manuscrito que analizamos –gozo exultante haberlo rescatado– es tremendamente útil para verificar la versión oral que hubo de circular de rociero en rociero hace unos siglos, en los que la aparición de la efígie quedó directamente identificada con el pueblo del que es Patrona. Refuerza esta idea el hecho de que un siglo después, dos acreditados intelectuales publicasen sendas referencias sobre el vínculo almonteño de quien dio con la Madre. Por un lado, Antoine de Latour, secretario de los duques de Montpensier, refiere en su trabajo sobre la Bahía de Cádiz (1858) que fue un almonteño quien la localizó. Y de otro, el presbítero y bibliotecario del Arzobispado don José Alonso Morgado constata igualmente, en un artículo suyo aparecido en la revista religiosa «Sevilla Mariana» (1882), que «un vecino de la referida villa de Almonte» fue quien llegó al mítico emplazamiento. En definitiva, a la luz de esta nueva aportación documental, se redescubre otro valor nuevo de un fenómeno multitudinariamente piadoso que reclama con urgencia la revisión histórica de los orígenes de la devoción a la Santísima Virgen del Rocío.

“

Reglas de 1758

Se encontraba inédita otra versión del relato que se escribió unos veinte años después de la primera



ABC

JULIO MAYO ES HISTORIADOR Y AUTOR DE VARIOS TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN SOBRE EL ROCÍO